

Lo que el Emperador no supo. Proceso de Paulo IV a Carlos V y Felipe II

J. Ignacio Tellechea Idígoras

Catedrático emérito de la Universidad Pontificia de Salamanca

«Se ha entendido de nuevo que el Papa quiere excomulgar al Emperador mi señor y a mi y poner entredicho y cesación a divinis en nuestros Reinos y Estados».

La sobrecogedora frase está extraída de una carta de Felipe II a su hermana doña Juana desde Bruselas el 17 de septiembre de 1556¹. La recoge M. Fernández Álvarez en su *Felipe II y su tiempo* (Madrid, 1998, p. 764). Sin embargo, a pesar del sabor incitante de semejante noticia, recibe escaso desarrollo en la voluminosa obra citada. ¿Amenazados de excomunión Carlos V, el defensor de la Cristiandad, y Felipe II, el «Rey católico» por excelencia? Algo supo de tal amenaza Felipe II en Bruselas, ya que da cuenta de la misma a doña Juana, gobernadora de España en ausencia del Rey. ¿Tuvo noticia de ello Carlos V, en su retiro de Yuste? Ciertamente no vivió totalmente alejado de la política como a veces se creyó. Las visitas recibidas y las cartas que a él llegaron o de él salieron durante aquel postrer período de su vida, editadas por Gachard², muestran que no se sustrajo totalmente a los problemas del momento por mucho que, despojado de todo su poder y títulos, pretendiese ser solamente Carlos de Gante. Su voluntad de aislamiento de cuanto había sido «su mundo» no implicaba una despedida radical de todo cuanto había constituido el ámbito de sus responsabilidades públicas. Una muestra de ello la tenemos en las severísimas consignas que

¹ Esta noticia en tan temprana fecha coincide con hechos que tuvieron lugar en Roma el 27 de julio: la prisión del cardenal Fulvio de la Corogna y el consistorio en que denunció su traición el Papa, y en que el abogado Pallantieri y el procurador de la Cámara Apostólica Silvestre Aldobrandini denunciaron la conjura contra la Santa Sede del Reino de Nápoles, a ciencia y conciencia de Carlos V y Felipe II. El Papa admitió la denuncia, pero declaró que no pronunciaría su decisión sin consultar con el Colegio cardenalicio. VON PASTOR, L., *Historia de los Papas*, trad. de J. Monserrat, Barcelona, 1927, XIV, pp. 119-120.

² *Retraite et mort de Charles-Quint au monastère de Yuste*, 3 vols., Bruxelles, 1854-1855.

imparte desde Yuste a doña Juana y a Felipe II cuando tuvo noticia del brote protestante en los alrededores de Valladolid. Casi parece querer salir de Yuste para ocuparse directamente del asunto.

Con todo, sus renunciaciones consecutivas a los Países Bajos, a la Corona de España y sus dominios, y finalmente al título de Emperador, el paso efectivo de tal herencia a Felipe II y la del Imperio a Fernando de Austria, coronado todo por su retiro y ocultamiento en Yuste, lo alejaban del teatro turbulento de la política internacional y nacional. Por otra parte, a un anciano prematuro y deseoso de soledad y paz, es lógico que se le ahorrasen sinsabores y noticias alarmantes, y que acabase sus días no sabiendo cuanto con piadosa intención se le ocultaba. Y había no pocas cosas que ocultarle en unos años especialmente complicados como fueron aquellos por tantos motivos.

A punto estuvo de saber la situación desesperada en que se encontraba su hijo en Flandes en la primavera de 1558, reflejado en el mensaje secreto que en persona le trajo desde Flandes el arzobispo Carranza por encargo de Felipe II. Deseaba ardientemente venir a España, pero no podía abandonar Flandes. Se hallaba en guerra con Francia, pero sin dinero, sin poder pagar sus tropas y otros salarios de Corte y con conciencia viva de que sus reinos estaban exhaustos. No veía en quién poder dejar el gobierno de los Países Bajos, sino en su ya anciana tía María, la antigua reina de Hungría, que había vuelto a España con Carlos V tras gobernar Flandes durante veinticinco años, deseosa de retiro y soledad como el Emperador. Nada de esto, que hubiese sido no poco deprimente, comunicó el Arzobispo a Carlos V, porque llegó a Yuste el último día de vida del Emperador, cuando ya agonizaba. De ello me ocupé en el Congreso sobre Carlos V recientemente celebrado en Granada³.

Tampoco supo nada de las consecuencias de su renuncia al Imperio sin noticia ni consentimiento del papa Paulo IV, a quien habló disgustado. Era ciertamente no poco medieval la concepción del Papa sobre sus responsabilidades frente a la institución imperial. Mas ¿acaso no lo era también el modo en que asumió la responsabilidad imperial el mismo Carlos V? Cuando la abdicación de Carlos V del título de Emperador tomó cuerpo efectivo en la Dieta de Franckfurt el 14 de marzo de 1558, en la que se leyó la abdicación del primero y la proclamación de Fernando de Austria, Paulo IV consideró inválidas ambas decisiones, convocó un consistorio en que se quejó de la afrenta sufrida y sometió la cuestión de derecho a una comisión de cardenales, teólogos y juristas que emitieron sobre ello sus dictámenes. Entre ellos estaban los cardenales Vitelli, Rebiba, Carlos y Alfonso Carafa, Pozzo, Reumano, Ghisleri —el futuro Pío V—, Scotti, Saraceni y el español Pacheco, y prelados como Lippomano, el español Antonio Agustín, el célebre Sirleto, Camerario, Hugo Boncompagni —futuro Gregorio XIII— y Castaldo. Tales dictámenes, sumamente interesantes, los edité hace cuarenta años, mas ninguno de los biógrafos de Carlos V parece conocerlos⁴. La desavenencia pública

³ *El último mensaje de Felipe II a Carlos V* (en prensa).

⁴ «La renuncia de Carlos V y la elección de Fernando de Austria», *Scriptorium Victoricense*, 7 (1960), pp. 7-78 y 207-283.

con el Papa la hizo pública el emperador Fernando y dio lugar a una virulenta diatriba del canciller Seld⁵. La muerte de Carlos V —21 septiembre de 1558— facilitó algo las cosas y no menos la delicada situación del Imperio. Mas, firme en sus principios, Paulo IV hizo celebrar solemnes funerales *por el Emperador* Carlos V en Roma, por sostener actitud contraria a la validez de la abdicación hecha. En todo caso, tampoco supo Carlos V el contenido preciso de aquellos dictámenes cardenalicios que he mencionado.

Un tercer capítulo, que también ignoró Carlos V, es el referente a esa noticia transmitida desde Bruselas por Felipe II a doña Juana que he citado al principio de esta disertación: la amenaza de una excomunión pontificia contra él y contra Felipe II. Es conocida la animosidad de Paulo IV, el papa Carafa, napolitano, contra los Habsburgos, y en especial contra el dominio español en Nápoles. Hombre de carácter firme, de temperamento fogoso, «*un temperamentino*» dirían los italianos para definir justamente un «*temperamentazo*», era fácil a las decisiones drásticas y vehementes, a desahogos incontrolados, y buena muestra dio de ello en expresiones recogidas por el embajador veneciano Navagero reiteradas veces en que trataba de herejes a Carlos V por algunas contemporizaciones con los protestantes y hasta a Felipe II, y de bárbaros y marranos a los españoles. Su animosidad contra España se vio favorecida y embrollada por su sobrino, el omnipotente cardenal Carlos Carafa. Los episodios que condujeron a la infausta guerra son conocidos y no voy a detenerme en ellos: el asunto de las galeras sustraídas a Francia en Civitavecchia y entregadas a España; la negación de audiencia al embajador español marqués de Sarria; la conspiración de los Colonna, Cesarini y otros; la prisión del secretario Lottini; las amenazas sobre Alessandro Sforza; la presión del cardenal Carlos Carafa para formar una Liga antiespañola con Venecia y Francia, etc. En octubre de 1555 Paulo IV estaba decidido a la guerra, que la convertía en «*causa de Dios*», y se firmaba la Liga con Francia en secreto⁶.

La crispación subió de tono en 1556. Punto culminante fue la sentencia de excomunión de Ascanio Colonna —4 de mayo—, el despojo de su estado de Paliano y la concesión del mismo al sobrino conde de Montorio con el título de duque —9 de mayo—, la prisión del maestro de postas de Carlos V Juan Antonio de Tassis y la violación de su correspondencia que llevaba, la detención y cárcel del enviado de Felipe II Garcilaso de la Vega, las amenazas de privación del trono a Carlos V, el registro del palacio del cardenal español Pacheco residente en Roma, la organización de la defensa de Roma y recluta de soldados, la llegada de naves y refuerzos franceses a Civitavecchia...

El 1 de septiembre de 1556 iniciaba desde Nápoles su marcha un ejército de doce mil hombres mandado por el duque de Alba. El 7 llegaba el cardenal Carlos Carafa de Francia con promesa de ayuda militar y financiera. Había negociado la ayuda de un príncipe protestante alemán y hasta estuvo dispuesto a contar con la ayuda del turco.

⁵ Información en VON PASTOR, L., *op. cit.*, pp. 305-306.

⁶ *Ibid.*, pp. 87-101.

Alba se fue apoderando lentamente de Frossinone, Veroli, Anagni, Piperno, Terracina, Alatri y la zona de la Marina, el 26 de septiembre ocupó Ostia, poco más tarde Vicovaro y Nettuno, dejando a Roma aislada por mar. Se logró un armisticio de diez días, más tarde prorrogado otros cuarenta días. Carlos Carafa lo aprovechó para ir a Venecia y solicitar su mediación. Alba escribió al Colegio cardenalicio dispuesto a entregarle las plazas conquistadas, a él o al papa futuro. Hacía la guerra como si no quisiese hacerla.

En 1557 llegaron tropas francesas al norte de Italia, Guisa se puso al frente del ejército francés, el Papa ordenó la retirada de agentes, nuncios y legados de los reinos de Carlos V y Felipe II, el Jueves Santo añadió a la lectura de la bula *In Coena Domini* cláusulas referentes a los invasores de los Estados Pontificios, el Viernes Santo omitió las preces usuales por el Emperador. Estaba empeñado en atacar a Nápoles. Fracásó el asedio de Civitella y el de Paliano.

En agosto llegó a Roma noticia de la gran derrota francesa de san Quintín, lo que hacía vana toda esperanza puesta en Francia. El 12 de septiembre se firma el tratado o paz de Cavi, el 19 entraba Alba a caballo en Roma e iba a besar el pie a Paulo IV, el 20 en consistorio secreto mostraba el Papa su reconciliación con España y eran liberados de la prisión Garcilaso, Camillo Colonna, Tassis, Capilupi y otros. El 22 salía Alba de Roma y llevaba la rosa de oro que el Papa enviaba a su esposa. Todo había terminado. El Papa se proponía dedicarse a la reforma de la Iglesia. A principios de 1559 su ira se cebó en sus familiares a los que expulsó de Roma, y al cardenal Carlos Carafa del palacio Vaticano. Su actitud respecto a Felipe II cambió radicalmente y le dirigió breves con elogios impensables llenos del mayor entusiasmo. Todo esto era público y lo registra puntualmente Ludwig von Pastor en su *Historia de los Papas*, si bien los historiadores españoles pasan demasiado sumariamente sobre ello⁷.

Mas entretanto, coincidiendo con estos episodios externos, tenía lugar otro acontecimiento oscuro, este sí, silenciado por los historiadores: un proceso en regla contra Carlos V y, sobre todo, Felipe II. De él me voy a ocupar a continuación para ofrecerles la primicia de una obra más extensa, en preparación avanzada. No es fácil resumir una documentación apretada de muchos folios, pero voy a intentarlo.

Piezas de un proceso

En primer lugar hay que advertir que este secretísimo proceso, nominalmente *contra Regem Philippum ab Austria et complices* no es *dossier* unitario, sino que está constituido por diversas piezas pertenecientes a momentos distanciados en el tiempo y diversos en contenido. En él se conjuntan interrogatorios de testigos, documentos insertos, breves pontificios, alguna real pragmática de Felipe II, declaraciones de cardenales, acusación

⁷ *Ibid.*, pp. 103-51.

fiscal, etc. A lo largo de casi un año se van acumulando las diversas piezas, unidas por un hilo conductor: cargos contra el rey de España, Felipe II.

Informaciones y testigos: julio 1556

El punto de arranque lo hallamos en julio de 1556, momento de gran crispación, de clima prebélico, tras la excomunión de Marcantonio Colonna y el apresamiento de algunas figuras notables. En una primera pieza del proceso nos encontramos con varias personas detenidas y aprisionadas que comparecen ante el Gobernador de Roma. Comienzan las declaraciones el 8 de julio y concluyen el 23. Desfilan ante el Gobernador a lo largo de esos días Luis Ferrís o Ferus, criado de Juan Antonio Tassis; a continuación el propio Tassis, maestro de postas del Emperador, previamente detenido y encarcelado, al igual que el mantuano Hipólito Capilupi y Garcilaso de la Vega, enviado especial de Felipe II, quien llevaba ocho meses tratando personalmente con el Papa de asuntos encomendados por el Rey. En algún momento se intenta el careo entre Ferrís y Tassis para aclarar algunas contradicciones en sus declaraciones. El 21 de julio comparece Francis Lalleman de Briul, apresado en Terracina con dos mazos de cartas. El 23 cierra la serie el sevillano Francisco Tamayo, quien entregó, por orden de Garcilaso, la cifra que éste empleaba para comunicarse con el duque de Alba. Hay que añadir que a varios de ellos se les ocuparon cartas y, violando el secreto, les fueron mostradas para aclarar su contenido. Más aún, al menos el Maestro de Postas del Emperador fue sometido a tortura, la de la suspensión —*spoliari, ligari, elevari*: desnudado, atado y elevado— y también su criado Ferrís.

¿Cuál era la razón de tanta violencia, de medidas diplomáticamente tan condenables? El nerviosismo de una situación prebélica, acompañado de una medida preventiva singular como fue la prohibición de salida de correos de Roma sin licencia y control del cardenal Carafa. Para burlar tal norma, los inculpadados habían utilizado artimañas como la de salir los correos a pie, no a caballo, o entregarles ya fuera de Roma las cartas que habían de ir... a Nápoles. «El Reino», como se le designa en los documentos, era el punto de mira de la indagación, y en él la presencia del duque de Alba y sus propósitos bélicos.

Las cartas secuestradas ponían al descubierto propósitos que en sus declaraciones negaron en un primer momento todos los interrogados. Algunas de ellas iban cifradas. Ellas, con ayuda de la tortura, forzaron las confesiones comprometedoras. Las noticias recabadas con medios tan poco ortodoxos a través de los interrogados no eran tranquilizadoras, si bien eran un tanto deslabazadas. Andaba por medio el odiado Marcantonio Colonna, que había venido de Venecia a Nápoles, trayendo con él al maestre de campo Aldana. El duque de Alba, con la ayuda de la reina Bona de Polonia y de mercaderes napolitanos disponía de 600.000 escudos. Se hablaba de llevar galeras

con soldados a Nettuno, puerto cercano a Roma. Capilupi confesó que leyó en una carta que «daban gran furia de guerra» desde la Corte de Bruselas. Como rumor muy consistente se registra que el propósito fundamental del duque de Alba era restituir Paliano a los Colonna, no tanto hacer la guerra al Papa. En todo caso, esta última posibilidad serviría para forzar de alguna manera al Papa a un acuerdo.

Por ese mismo tiempo se había invitado al embajador marqués de Sarria y a los cardenales españoles residentes en Roma (Pacheco, Álvarez de Toledo y Cueva) a salir discretamente de la ciudad eterna, propósito que también abrigaban otros españoles. Una frase de una carta, «Fattelo presto», parecía indicar que era inminente un ataque, que algunos lo circunscribían a Paliano, otros decían que también Roma caía dentro de las miras. Indirectamente aparecen con otras implicaciones Ascanio de la Cogna, Fernando de Sangro, Ferrante duque de Gonzaga y el duque de Florencia. Se hablaba de ataques en las Marcas o desde el Abruzzo. Finalmente se había avisado al duque de Alba, que se entendía que el Papa y sus ministros «tenían muy buenos avisos de lo acordado en el Consejo de Flandes del Rey». Alguno decía que, y disimulando intenciones de guerra, no se encubriría la realidad. Todo ello, naturalmente, no era explicable sin la complicidad de Felipe II, quien lejos del teatro italiano, aparecía como el responsable máximo de toda la vasta operación. Un Felipe II, no hay que olvidarlo, que había recibido dos años antes la investidura papal del reino de Nápoles, a petición de Carlos V y suya, previo juramento de una serie de condiciones, entre otras la de no invadir los Estados pontificios. En tal punto estará la *clave* de todo el proceso, que apunta claramente a Felipe II y sus cómplices. Justamente de la actuación de los cómplices —en primer lugar del duque de Alba, virrey de Nápoles y capitán general de las tropas españolas en Italia— se derivaba en lógica suposición la complicidad del monarca. De momento todo pareció quedar en mera información, sin que surja un propósito condenatorio público a lo largo del año 1556.

Mas al fin, se despejaron incógnitas. De la zozobra de las amenazas se pasó a estado de guerra, cuando a principios de septiembre de 1556 el duque de Alba cruzaba la frontera con su ejército y fue conquistando los *castelli* romanos y cercando a Roma. Un armisticio de diez días, prolongado luego otros cuarenta, y hasta algunas tractativas de paz mantenidas por Alba y el cardenal Carafa no condujeron a la paz. Pietro Strozzi recuperó para el Papa Ostia, Tivoli, Vicovaro y la Marítima.

Paulo IV el 12 de febrero de 1557 celebró una congregación para plantear un proceso por rebelión contra Carlos V y Felipe II. Por entonces llegaban tropas francesas al norte de Italia y Guisa y el cardenal Carafa llegaban a Roma el 2 de marzo ⁸. Justamente entonces se iniciaban en Roma nuevas investigaciones sobre una decisión inesperada de Felipe II. Eran citados y desfilaban por la casa del procurador fiscal Alejandro Palantieri una serie de españoles notables, residentes en Roma: Constantino del Castillo, referendario apostólico y deán de Cuenca; Juan de Mendoza, arcipreste de Guadalajara;

⁸ *Ibid.*, pp. 123-135.

Miguel de Paz, clérigo hispalense empleado en la Curia romana como *scriptor apostolicus*; el canónigo de Burgos Gregorio de Ayala; el portugués Miguel Lopes; el canónigo segoviano Pedro Arias; el clérigo burgalés canónigo de Palencia, Jerónimo Gallo; el clérigo Diego de Viesga; Juan Solano, canónigo de Plasencia, y el clérigo palentino Nicolás de Palacios. El punto de mira de los interrogatorios era una Pragmática real publicada en España que había circulado entre españoles, cuyo texto finalmente pudo ser incorporado al proceso. De las declaraciones, recabadas todas el 12 de marzo de 1557, se deduce que pocos días antes se había convocado en la iglesia romana del Santiago del reino de Castilla una congregación de la nación española, a la que asistieron unos 40. Había cundido la alarma entre ellos a raíz de una Pragmática pregonada en Valladolid el 12 de enero. Corrió en copias de un texto que llegó al Embajador de Portugal y además llegaron de España varias cartas dando cuenta de lo mismo, que serán incorporadas al proceso. Era muy explicable el sobresalto causado en la colonia española de Roma, pues en la Pragmática se obligaba a los españoles a abandonar la ciudad en el término de sesenta días y ello bajo penas gravísimas, tanto a los laicos como a los clérigos. Era una orden terminante, tratada en Consejo de Estado, que se inicia con una proclamación de respeto y reverencia a la Santa Sede y se justifica como una medida defensiva contra los agravios recibidos (entre otros la prisión de los mencionados en los párrafos anteriores). Voy a incluir su expresivo texto, digno de ser leído con calma en todos sus extremos:

Premática del Rey Felipe sobre la salida de Corte Romana de todos los españoles

Don Felipe, por la gracia de Dios Rey de Castilla, etc. a todos los Corregidores y Asistentes y Governadores, Alcaydes y otras Justicias y juezes qualesquier de todas las cibdades, villas e lugares de los nuestros reynos e señorios, e cada uno o qualquiera de vos, en vuestros lugares y jurisdicciones, y a todas y qualesquier personas asi eclesiasticas como seglares de qualquiera calidad y condicion que sean a quien lo contenido en esta nuestra carta toca y atañe, salud y gracia. Sepades, etc. Sabeis y a todos es notorio la reverencia y obediencia con que nos y los Reyes nuestros progenitores havemos siempre tratado las cosas de la yglesia y de la Santa Sede Apostolica de Roma, y que en los nuestros reynos y estados y por los nuestros subditos y estados señalada y aventajadamente de otros se ha siempre guardado a la dicha sede la preeminencia, autoridad y superioridad que se debe: Y aunque havemos entendido algunos grandes y notables ynconvenientes que a estos nuestros Reynos y bien publico dellos se han seguido y siguen de la yda, estada y residencia en Corte Romana de los nuestros subditos y naturales y avemos suspendido y desseando el remedio, solo por el dicho respeto y reverencia, dexando libremente y no poniendo impedimento alguno al recurso que en las cosas ecclesiasticas y spirituales a la Santa Sede Apostolica en nuestros reynos mas que en ningunos otros se ha tenido y tiene, y como quiera que continuando la dicha obediencia y respeto, nuestra intencion y voluntad sea guardar y conservar siempre a la dicha Sede Apostolica la autoridad y preeminencia que se le debe conforme a la obligacion que tenemos y a lo que por nos y por nuestros progenitores se ha acostumbrado, pero estando las cosas en este estado que con Su Sanctidad estan, en que havemos venido sin se haver por nos dado causa

ni ocasion alguna, y impelidos y necessitados por la defensa de nuestros Reynos y estados al remedio de tantos agravios como se nos han hecho, si los nuestros subditos y naturales fuessen y estuviessen en Corte Romana non podra ser sin mucho prejuizio y ofensa nuestra y notorio peligro y daño de los dichos subditos y naturales, y no es cosa justa ni conveniente que durante este tiempo y estado de negocios los dichos nuestros subditos traten ni comuniquen con la dicha Corte Romana, hemos mandado ver y platicar en el dicho Consejo lo que podiamos y deviamos hazer, y visto y platicado que deviamos mandar esta nuestra carta en la dicha razon, y asi tuvimoslo por bien, por la qual vos mandamos, que por agora y hasta en tanto que otra cosa proveamos, y mandemos a todos nuestros subditos y naturales de qualquier calidad y condicion que sean, assi ecclesiasticos como seglares, que estan y residen en Corte Romana, dentro de sesenta días de la data y publicacion desta nuestra, se salgan de la dicha Corte y no buelvan alla sin nuestra licencia y mandado. Y asi mismo que ningun subdito y natural nuestro de qualquier calidad y condicion que sea, ecclesiastico ny seglar, vaya a la dicha Corte. Y no saliendo dentro del dicho termino y qualquiera que fuere a la dicha Corte estando esta nuestra provision y mandado, cayan e yncurran siendo legos en pena de muerte y perdimiento de todos sus bienes, y siendo ecclesiasticos pierdan los bienes y temporalidades que tuvieran en estos reynos y sean avidos por agenos [y] estraños dellos. Las quales dichas penas mandamos a las dichas nuestras (*sic*) que, passado el dicho termino, las executen en las personas que en ellas incurrieren. Y porque los despachos necesarios no cessen ni se impidan, havemos mandado platicar a los de nuestro Consejo sobrel remedio y medio que se tendra y proveera de manera que los despachos no cessen ni nuestros subditos reciban daño ni perjuizio. Y porque lo susodicho sea publico y notorio a todos, y ninguno dellos pueda pretender ignorancia, mandamos que esta nuestra carta sea apregonada publicamente por pregonero y ante escrivano publico por las plaças y mercados y otros lugares acostumbrados de las dichas cibdades, villas y lugares, y los unos y los otros no fagades ende al por alguna manera so pena de la nuestra merced y diez mill maravedis. Dada en la Villa de Valladolid a 13 dias del mes de henero 1557.

El licenciado Vaca de Castro, El licenciado Galarça, El licenciado Montalvo, El doctor Anaya, El licenciado Ameto, El licenciado Pedrosa, El doctor Caño.

La respetable reunión, celebrada en Santiago de los españoles de la Piazza Navona, consciente del trance singular, votó «por votos secretos de habas» si se debía pedir licencia en nombre de toda la nación para salir de la Urbe. La mayoría fue favorable a esta determinación y comisionó para el efecto a Viesga y Arias. Intentaron ver al Papa o al cardenal Carafa, sin éxito.

Los interrogatorios versaron sobre dos puntos: la verificación e interpretación de esta disposición insólita; como telón de fondo, una pregunta sobre la situación de la guerra, esto es, sobre la ocupación de tierras y ciudades de los Estados pontificios por parte del duque de Alba, y sobre las razones que pudo tener para ello. Los interrogados estaban al tanto de los episodios de la guerra. Algunos recalcan que la guerra se hacía para recuperar Paliano y restituirlo a Marcantonio Colonna, y no para entrar en Roma, sino para forzar al Papa a la aceptación de lo primero. Varios de ellos confiesan claramente que suponen o tienen por cierto que la iniciativa de Alba no se pudo dar

«sin licencia de Felipe II». Era el punto neurálgico para corroborar la complicidad y responsabilidad directa del Rey.

Dejando de lado las cartas venidas de España que daban cuenta de la disposición del Consejo de Castilla, deseo hacer una excepción con una menos esperada, nada menos que del doctor Laguna, el médico y helenista cuyo centenario celebramos. El humanista segoviano, por demás europeo, que estudió en Salamanca y París, llevaba años girando por Europa. Estuvo en Londres, en la Corte de Gante, en Metz, Nancy, París y Bolonia, el Papa le hizo caballero de la orden de san Pedro y san Pablo y conde Palatino, Julio III le nombró médico suyo. A partir de 1554 pasó por Venecia, Padua, y Trento, y por Alemania se dirigió a Amberes, donde imprimió su *Dioscórides*, dedicado a Felipe II. Se encontraba en Bruselas el 5 de febrero de 1557. Ese mismo año viajaría a Colonia, en 1558 regresaría a Segovia, para morir el 28 de diciembre de 1559. También a él le afectaba la orden de abandonar Roma, aunque estuviese en Bruselas, si no es más por no poder percibir los frutos de alguna prebenda eclesiástica concedida en el pasado por el Papa. Parece aludir en su carta a una disposición de Paulo IV que privaba de sus rentas eclesiásticas a los irresidentes y hasta arbitraba medios para pedir el favor del cardenal Carafa en tal sentido. En cualquier caso su petición era la de ser sustituido por «alguna persona honrada de aquella nación de Flandes o italianos, para que cobren los dichos frutos desos nuestros miserables oficios». Le pedía tal favor a su amigo Nicolás de Palacios, clérigo palentino, *magister bullarum*. El texto íntegro de la carta que rescato del olvido es el siguiente:

Al muy magco. Señor Nicolas de Palacio, cavallero de Sanpedro

Muy magnifico señor: Con el señor Pompilio, secretario del señor Fantucio escrevi muy largo a v. m. y le embie dos mandatos en pergamino, el uno para cobrar los frutos de los oficios, y el otro para pedir las deudas del plomo y qualesquiera otras que me sean devidas. Bien creo que ya v. m. las avra recebydo y juntamente las cartas para el embaxador de Portugal y el Arçobispo Gonsuo (?) El señor Pompilio llevaba cargo de hablar al Cardenal Carafa para que no me detuviesen mis frutos; y creo no sera necesario ningun favor, pues según aca se dize, Su Santidad, persuadida de saludables consejos, ha mudado proposito quanto a privar a los absentes de los frutos de los officios. Mas el mal es que en España por publico edicto privan de la vida y de la hazienda a todos los españoles que residan en Roma, si dentro de sesenta dias despues de la publicacion del edicto no se presentan en España. Y aunque creo que estos pocos que ay residen podrian facilmente escusarse por medio destos Rmos. como sus familiares, todavia no he querido dexar de suplicar a v. m. que, en caso que aya de dexar essa corte de miedo de las censuras hispanicas, me la haga de substituir alguna persona honrrada de aquella nacion (*Borra* despaña) de Flandes o italianos, para que cobren los dichos frutos destos nuestros miserables officios, etc. Guarde nuestro señor su muy magca. persona con el acrecentamiento que le desseamos sus servidores. De Bruselas a 5 de hebrero de 1557

De v. m. servidor que sus manos besa

El doctor Laguna.

Pocas semanas más tarde, exactamente el 31 de marzo de 1557, el secretario pontificio y notario apostólico Juan Barengo presentaba al Papa la documentación pertinente respecto a la investidura de Nápoles de Felipe II. Julio III, siguiendo las pautas de Julio II con Fernando el Católico, otorgaba en feudo perpetuo el reino de Nápoles —*regnum Siciliae citra pharum*— bajo condiciones y formalidades expresas y supuesto el juramento de fidelidad correspondiente de Felipe II, juramento que en su nombre hizo Francisco de Ávalos. Se añaden la cesión por parte de Carlos V, la petición de Felipe II firmada en Richmond (Inglaterra) el 16 de agosto de 1554, el texto del juramento de Ávalos y su aceptación por Julio III. Tal aportación documental ponía en evidencia que Felipe II no cumplía con sus obligaciones juradas y se rebelaba contra la Santa Sede. Era un punto cardinal.

Ese mismo día 31 de marzo Paulo IV por un motupropio nombraba a Juan Barengo, su secretario y familiar, notario de confianza para registrar todo lo pertinente a un proceso *contra complures iniquitatis filios, diversis, etiam Regiis, dignitatibus predictis*, «contra muchos hijos de iniquidad, inclusive adornados de dignidad regia». El delito perseguido era el de haber urdido conspiración contra el Papa y personas adjuntas, y contra los dominios de la santa Iglesia Romana; haber movido guerra contra el Papa, prestando consejo y favor a Ascanio y Marcantonio Colonna condenados por sentencia papal por rebeldes y reos de lesa majestad; y haber invadido, opugnado, destruido, ocupado y retenido ciudades y tierras pertenecientes mediata o inmediatamente a la Iglesia Romana.

Acusación fiscal contra Felipe II

El día 5 de abril de 1557 y ante el Papa en persona fueron presentados los documentos procesales. Sin embargo, la iniciativa de semejante proceso databa de más atrás, aunque había quedado dormida. En efecto se leyó un documento notarial por el que se ve que el intento primero de tal proceso se remonta al 27 de julio de 1556, antes de iniciarse la marcha del duque de Alba. En ese día con la máxima solemnidad en la Sala Constantina del Palacio Vaticano se celebró consistorio secreto ante el Papa, en el que estuvieron presentes los cardenales Bellay, Carpi, Morone, Armagnac, Pacheco, Ranuccio Farnese, Medici, Saraceno, Puteo, Bertano, Mignanelli, Carafa, Scotti, Reumano, Guido Ascanio Sforza, Sermonetta, Sabelli, De Monte, Cornaro, Simoncelli y De Nobilibus. Ante semejante concurrencia el abogado consistorial Aldobrandini leyó en alta voz una petición en la que denunciaba la *conjuración* de los hijos de iniquidad contra los Estados pontificios, sobre los cuales el Gobernador Palanterio tenía confesiones, cartas o documentos. Constaba que en Nápoles se reunían soldados y armas, hecho patente en que estaban implicados el duque de Alba y Felipe II, y que no podían ignorar tanto el Rey como el Emperador, todo ello contrario a la fidelidad jurada por el monarca español. Era notorio el favor del Emperador y de Felipe II a Ascanio y

Marcantonio Colonna, excomulgados por el Papa. De ser ciertos tales hechos, Palanteriori protesta contra cómplices, fautores y ayudadores, y exige se les declare incursos en las penas canónicas correspondientes *ipso facto*; que las ciudades donde estén y conspiren sean puestas en entredicho, sus obispos salgan de ellas y vengan a Roma, y todos los reos responsables sean privados de todos los privilegios obtenidos en cualquier tiempo de la Santa Sede, y absueltos de fidelidad los vasallos. Para ello exigía que tales cargos fuesen recibidos a prueba. Esta iniciativa temprana (1556) quedó soterrada y no pudo menos de confirmarse cuando de la conspiración se pasó a la ejecución en septiembre de 1556.

Acaso en espera de observar la marcha de la guerra se esperó al mes de abril del año siguiente para dar el paso definitivo, exactamente el día 5. Ese día fueron presentadas —*productus*— todas las piezas acumuladas a lo largo de aquellos meses, y todas ellas juntas configuraron el largo alegato acusatorio de Pallantieri con sus pruebas añadidas: testificaciones de diversos testigos registradas literalmente, así como los textos de las comprometedoras cartas secuestradas. En el largo alegato de acusación se intercalan importantes confesiones y documentos que quieren convertir los cargos en algo evidente y notorio, sin posible tergiversación ni excusa. La acumulación de agravios y delitos es sobrecogedora y en algunos casos raya la truculencia. Es imposible resumir su contenido y me limitaré a exponer las líneas maestras de semejante montaje, expuesto a lo largo de nada menos que 45 capítulos.

Cargos contra el monarca español

Comienza por recordar y documentar la investidura de Felipe II del Reino de Nápoles por obra de Julio III y el juramento de fidelidad y vasallaje prestado en nombre del Rey por Francisco Avalos (n. 1-6). Enumera de forma global la traición e insidias de Carlos V, Felipe II y sus ministros, la ayuda prestada reiteradamente a enemigos de la Santa Sede declarados rebeldes y excomulgados, el episodio de las galeras robadas en Civitavecchia, los diversos intentos de matar o envenenar al Papa precedidos de contactos secretos con criados y con médicos, el soborno de criados, y los atentados ideados contra los cardenales Carlos Carafa y Farnese, gestos que algunos pagaron con su vida (n. 9-17). Enumera las intrigas de Marcantonio Colonna solicitando la ayuda del duque de Alba, por entonces en Milán, y con planes de guerra, sin olvidar consignar la excomunión de Marcantonio y las censuras en que incurrieron cuantos le ayudaban (n. 21). A partir de ese momento, inculpa a Felipe II y sus ministros de conspirar para ocupar las tierras de la Iglesia, con planes sobre la Marca, Nettuno y la Marina, e incitando a los españoles a salir de Roma, incluidos los tres cardenales hispanos (Álvarez de Toledo, Pacheco y Cueva), organizando un importante ejército y considerando inevitable el «romper» con el Papa, si bien se reconoce que era primordialmente por restituir

a los Colonna el estado de Paliano (n. 24 ss.) Denuncia la ocupación por el duque de Alba de ciudades y tierras de los Estados pontificios, con consiguientes rapiñas, homicidios, sacrilegios y profanaciones, al grito de ¡Imperio! y ¡España!, y la intención de convertir a Carlos V y Felipe II en *monarcha totius mundi*. Todo ello no pudo darse sin consentimiento o mandato de Felipe II, como lo muestra una carta suya del 27 de diciembre de 1556. Por ello incurría en las censuras de León X contra quienes invadían los Estados pontificios (n. 41). Con tales cargos, podía ser declarado perjuro, cismático y herético, así como sus cómplices, entre los que enumera nominalmente al duque de Alba, conde de Populo, Marcantonio Colonna, Vespasiano Gonzaga, Pompeo Colonna —entre los italianos— y a García de Toledo, los capitanes Mardones, Rodrigo de Mendoza, Pedro de Castilla, Conde de la Torre y otros, a sueldo del Rey (n. 42-43). No olvida la Pragmática de Felipe II ordenando la salida de Roma de todos los españoles (n. 44). Dada la notoriedad y prueba documentada de los hechos, quedaba justificada la privación del feudo y aun la lucha armada contra el monarca, quien en conclusión —*quare*— debía ser declarado perjuro y rebelde, incurso en excomunión mayor, y privado no sólo del reino de Nápoles, sino de todos sus reinos, como también sus cómplices debían incurrir las mismas censuras y penas y ser privados de los dominios, feudos y bienes recibidos de la Sede Apostólica en cualquier tiempo, y devueltos a la misma, declarando al mismo tiempo libres del juramento de fidelidad y vasallaje a todos los súbditos, tanto nobles como llanos. El fiscal exigía el pronunciamiento de la sentencia y la ejecución de tales penas, *procedi posse et procedendum esse*.

Un *Motu proprio* de Paulo IV

El *factum* era cierto, menos en los intentos de asesinato y envenenamiento —tema obsesivo en Paulo IV y que, a juicio del mismo Pastor, no parece probado—; en estricta justicia, podía ser correcta la evaluación del mismo, a tenor de las disposiciones pontificias en vigor, si bien Felipe II concibió tal guerra como defensiva o preventiva, con aprobación de teólogos lovaníenses y españoles. Podemos añadir que la intención del fiscal fue secundada por el Papa en alguna manera, pues obra en el *dossier* el texto de un *Motu proprio* de Paulo IV de gran extensión, solemnemente incoado con un *In supereminenti Iustitiae Throno... constituti*, y una afirmación de su supremo principado sobre reyes y pueblos, abierto al favor y liberalidad de los sumisos y obligado a castigar severamente a quienes desprecian la autoridad de la Santa Sede, violan la libertad eclesiástica, ocupan territorios de los Estados pontificios y conspiran contra la persona del Papa y de algunos cardenales.

Arranca el *Motu proprio* subrayando la *notoriedad* de los hechos que dan pie a la sentencia pontificia, mas sorprende la larga invectiva inicial precisamente contra Carlos V, retirado ya del escenario político, pasándole factura con harto retraso de episodios no

olvidados. Sangra por la herida la vieja animosidad del papa Carafa. En efecto, en un largo párrafo denuncia al Emperador como *immemor*, olvidadizo de los beneficios y funciones a él conferidas por los papas —entre otros el Imperio, el ducado de Milán, el reino de las dos Sicilias—, y olvidado del juramento hecho de fidelidad y defensa de la Iglesia Romana. Carlos V por medio de sus ministros, en Italia y en otras partes, siempre procuró que todo en Roma estuviese supeditado a su voluntad, como si todo estuviese sometido a su imperio. A ello encaminó su pensamiento, tratados de paz, y guerras, pactos, conjuras con diversos príncipes, inclusive con adversos a la Iglesia.

Tras esta gravísima enumeración global de acusaciones, pasa a recordar algo ocurrido hacía treinta años, mas rememorado con viveza y crudeza; el sacco de Roma (1527), en que un gran ejército de luteranos, otros herejes e infieles guiados por Borbón, *damnatae memoriae*, por voluntad del Emperador y contra el pacto suscrito por Lannoy, expugnó sacrílegamente Roma; profanó basílicas y reliquias; cometió innumerables estupro, sacrilegios e incendios; manchó con sangre e inmundicias los lugares sagrados; asedió el castillo de Sant Angelo, en el que se refugiaron el Papa con cardenales, prelados y curiales; extorsionó a las gentes con torturas y amenazas para lograr dinero por su rescate; encerró en Nápoles como rehenes a los cardenales de Pisa, Gaddi, y Trivulzio; sometió a Roma a la depredación durante once meses, y sólo abandonó la ciudad por miedo al ejército de Francisco I, *clarae memoriae*, no sin manifestar su intención de convertir a Roma en una colonia de luteranos e infieles. No contento con verse coronado en Bolonia por Clemente VII, el Papa injuriado, pero clementísimo y olvidado de la afrenta recibida, y con haber sido recibido triunfalmente en el Palacio Vaticano por Paulo III tras la victoriosa jornada de Túnez, y olvidado de sus reiterados juramentos de defender a la Iglesia y de los subsidios y auxilios concedidos por los papas contra los enemigos de Hungría y Alemania, había ayudado y defendido a herejes y cismáticos, celebrado pactos y confederaciones con ellos para su propio provecho y sin consultar con la Santa Sede y, finalmente, se había manchado con el asesinato urdido de Pier Luigi Farnese y la anexión de Piacenza al ducado de Milán.

Conocemos no pocos desahogos de Paulo IV contra Carlos V, fruto efímero de su carácter irascible. Ninguno puede parangonarse a esta gravísima andanada de cargos terribles, que requerirían un largo comentario en cada uno de sus puntos y reflejan una valoración global del reinado del Emperador parte de Paulo IV, que desborda ampliamente el marco de la situación planteada en 1557 y reaviva hechos, aparentemente superados y olvidados, pero muy presentes y vivos en la memoria del papa Carafa.

Tras este terrible recordatorio, el *Motu proprio* pasa a acusar a Felipe II, *iniquitatis filius*, quien sigue los pasos y vestigios de su padre y parece querer superarlo en iniquidad, y olvidando los juramentos hechos, se rebela contra la Santa Sede, cayendo en felonía y otros crímenes, inclusive de lesa majestad. El *Motu proprio* sigue los pasos de la acusación formulada por Palantieri ya conocida, y reitera la acusaciones de rebeldía e infidelidad, de conspiración, de favor concedido a los excomulgados Colonna, de mover

la guerra «bajo pretexto o color de que los pontificios querían invadir Nápoles», de ocupar tierras pontificias por obra del duque de Alba, «alumno de perdición», de obligar a los españoles a salir de Roma. Todo ello no pudo ocurrir sino *mandato et scitu Regis*, con mandato y conocimiento del Rey. Por tanto, justificaba el que se le considerase perjuero, cismático y hasta sospechoso de herejía.

Como tal se le condena en la parte final del documento papal con las fórmulas de rigor: *Nos Paulus... pro tribunali sedentes...* Más aún, parece estar prevista la lectura pública de la sentencia en Consistorio público con el consentimiento del Colegio Cardenalicio, y la proclamación y divulgación de la misma en san Pedro, san Juan de Letrán y en Campo di Fiori, y en el resto de Italia. En caso de no arrepentirse el inculpado, se reservaba ulteriores sentencias, en las que aletea la privación no sólo del reino de Nápoles, sino de todos sus reinos. Me es imposible detenerme más en este punto neurálgico de esta exposición primicial, que parece remontarnos a los conflictos medievales entre Sacerdocio e Imperio, a los siglos de Gregorio VII, Inocencio III o Bonifacio VIII.

El documento existe, es exponente preciso de la voluntad de Paulo IV, que procede y sentencia a requerimiento del fiscal, parece guardar todos los requisitos jurídicos y formulismos canónicos... menos uno, que resulta ser *esencial*. Concluye con el formulario *Datum apud S. Petrum* sin más. Le falta la fecha precisa, el año de Pontificado. Por tanto, es un documento histórico interesantísimo... de intenciones; no es una sentencia jurídica promulgada y oficializada. El rayo de la sentencia fulminada queda convertido en simple relámpago.

Los meses siguientes, Roma vivió momentos de zozobra, con días de alguna euforia con la esperanza de la ayuda de Enrique II de Francia y días de angustia y terror hacia finales del mes de agosto ante la proximidad de las tropas de Alba. El 8 de septiembre salían de Roma los cardenales Carafa, Santa Fiora y Vitelli para encontrarse en Cavi con el duque de Alba e iniciar negociaciones de paz que concluyeron muy pronto, el 14 del mismo mes⁹. Como diría Navagero más tarde, la guerra fue voluntaria, pero la paz forzosa. El 19 entraba Alba en Roma. El 20 en consistorio secreto Paulo IV decidía enviar sendos Legados a los reyes de Francia y de España —Felipe II en Bruselas—, designando para ello a los cardenales Trivulzio y Carafa. Ese mismo día eran puestos en libertad Garcilaso de Vega, Capilupi, Tassis y otros. El 21 se cantaba un *Te Deum* en la capilla pontificia, seguido de un banquete de cardenales, al que asistió Alba, quien saldría de Roma al día siguiente¹⁰. Nadie supo entonces que justamente aquel día 21 moría Carlos V en Yuste. En diciembre se hicieron sus exequias en San Pedro, con honores de Emperador en ejercicio, ignorando o dando por inválida su renuncia. La guerra había terminado, mas quedaba pendiente el punto negro de la devolución de Paliano a los Colonna. Sucedió Fernando I en el Imperio Carlos V,

⁹ *Ibid.*, pp. 138-147.

¹⁰ *Op. cit.*, pp. 146-150.

mas el Papa mantendría durante tiempo sus reservas fundadas respecto a su hijo Maximiliano II, el Rey de Romanos.

El ya anciano Papa se decidía a afrontar a golpe de decreto la reforma de la Iglesia en el escaso tiempo de vida que le quedaba. Alejó de Roma a sus sobrinos y expulsó del Vaticano y desterró a Marino al omnipotente cardenal Carafa ¹¹. Juntamente en el año 1559 cambió totalmente su actitud respecto a Felipe II, dirigiéndole unos breves por demás elogiosos y satisfactorios ¹², punto que ignoran en general los historiadores empeñados en mantener el cliché de antiespañol de Paulo IV. Ciertamente, lo había merecido por tantos gestos, a los que desde ahora se añadirá la historia que en primicia rigurosa acabo de narrar.

¹¹ VON PASTOR, L., *op. cit.*, pp. 181-201.

¹² Varios de ellos pueden verse en mi obra *El Papado y Felipe, II*, Madrid, 1999, I, pp. 79-71, 81-82 y 85-86.